

Que lo arrojen al profundo  
Seno de la mar inmensa;  
Que tal ataúd, tal fosa  
Es necesario que tenga.

¿Sabéis ¡ay! por qué es preciso  
Que enorme el féretro sea?  
Porque en él enterrar quiero  
Mis amores y mis penas.

EL MAR DEL NORTE

---

CORONAMIENTO.

---

¡Canciones! ¡canciones mías!  
Alzad y tomad las armas,  
Haced sonar las trompetas,  
Y sobre el pavés alzada,  
Elevad la que hoy ser debe  
De mi pecho soberana.  
¡Salud á tí, joven reina!  
Del claro sol, que derrama  
Luz pura, el oro lucente  
Robará mi mano avara,  
Y formaré una corona  
Para tu frente sagrada.  
De la seda azul que flota  
Del cielo en la extensión vasta,  
Un jirón robaré ansioso,  
Y regio manto de gala  
Formaré en mi desvarío  
Para tus reales espaldas.  
Coro de hinchados sonetos

Te daré, bella adorada,  
 Y de tercetos altivos  
 Y de elegantes estancias;  
 Serán, niña, tu correo  
 Mis incisivas palabras;  
 Tu bufón, mi fantasía  
 Por tu amor siempre exaltada,  
 Y tu heraldo blasonado  
 El sarcasmo de mis gracias.  
 Yo mismo, hermosa, yo mismo,  
 Arrodillado á tus plantas  
 Sobre rojos almohadones  
 De terciopelos y grana,  
 Te haré homenaje del resto  
 De razón que me dejara  
 La que fué tu antecesora  
 En el trono de mi alma.

### EL CREPUSCULO.

Me senté de la mar en la ribera,  
 Soñador pensativo y solitario.  
 El rubio sol al declinar vertía  
 Sobre las aguas sus ardientes rayos,  
 Y las ondas, rugientes y espumosas,  
 En la orilla espiraban murmurando.  
 Era un raro conjunto de rumores,  
 De cuchicheos lánguidos y extraños,  
 De murmullos, de quejas, de silbidos,  
 De risas y suspiros, enlazados  
 Con los acentos dulces y suaves  
 Que hay de la cuna en los amantes cantos.

Oír me parecía las historias  
 De las viejas edades que pasaron,  
 O los cuentos de hadas que escuchara  
 A los niños contar del vecindario,  
 Cuando en las noches del ardiente estío,  
 El pecho palpitante, reclinados

En las gradas de piedra de la puerta,  
 La ansiedad nuestros ojos agrandando,  
 Al narrador oíamos con júbilo,  
 Y las doncellas núbiles en tanto,  
 Sentadas al balcón, sobre nosotros,  
 Junto á tiestos de flores, perfumados,  
 Parecidas á rosas, sonreían  
 De la pálida luna ante los rayos.

### LA NOCHE EN LA PLAYA.

No hay en el cielo un astro luciente y encendido  
 El mar hierve rugiente, y sobre el mar tendido  
 El Bóreas informe, como un viejo gruñón,  
 Con voz doliente cuenta fantásticas empresas,  
 Hazañas de gigantes, leyendas islandesas,  
 Y heroicos combates, tributo á la ambición.

Y á intervalos, con mofa, murmura cadencioso  
 Los simbolismos tristes del Edda misterioso,  
 Los rúnicos conjuros, que espantan al sonar;  
 Con tan burlesca rabia, con tan feroz acento,  
 Que de la mar los hijos, se agitan en el viento,  
 Y gritos de alegría arrojan al pasar.

En tanto la ancha playa, con avidez creciente  
 Un extranjero cruza, en cuyo pecho ardiente,  
 Más trémulo que el viento, se agita el corazón;  
 Sus huellas resplandecen con luces argentadas,  
 Y crujen á su paso las conchas nacaradas  
 Que allí llevó el reflujo con rápido turbión.

Un manto gris envuelve su plácida figura,  
Y rápido camina entre la sombra oscura,  
Entre el helado viento que gime sin cesar;  
Guiando su camino los vivos resplandores  
Que alumbran con sus trémulos, fantásticos fulgores,  
Del pescador la choza que arrulla el ronco mar.

Padre y hermano cruzan la mar tempestuosa,  
Y en la cabaña, sola quedó la niña hermosa,  
La bella hija inocente del pobre pescador:  
Junto al hogar sentada, escucha el ronco acento  
De la tormenta lóbrega, el suspirar del viento,  
Y de las ondas pérfidas el lánguido rumor.

Y arroja leña al fuego, de cuya ardiente llama  
El resplandor que crece, lascivo se derrama  
Sobre el semblante fresco y hermoso sin igual,  
Sobre la espalda blanca y mórbida y desnuda,  
Sobre la mano leve que su jubón anuda,  
Sobre la curva fina del torso escultural.

Pero dé pronto se abre la puerta, mal cerrada,  
Y avanza el extranjero, fijando su mirada  
Sobre la débil niña, que tiembla en su terror  
Cual lirio de los valles que el huracán deshoja;  
Sonríe dulcemente, la capa al suelo arroja,  
Y amante, así le dice con voz llena de amor:

—¿Ves? mi promesa cumplo y vuelvo, hermosa mía,  
Y vuelve al fin conmigo la edad de poesía,  
En que los dioses mismos su celestial mansión,

Las hijas de los hombres buscando, abandonaban,  
Y eternas dinastías en ellas engendraban  
De reyes y de atletas del mundo admiración.

Mas deje de espantarte mi estirpe prodigiosa:  
De té, caliente taza prepara, niña hermosa.  
Sentémonos al fuego; así, juntos los dos.  
El frío es horroroso; y cuando reina el frío,  
Coger también los dioses podemos, dueño mío,  
Catarros inmortales ó inacabable tos.

## POSEIDON.

Del claro sol los fuegos juguetean  
 Sobre la mar undosa:  
 Dibújase á lo lejos en la rada  
 La nave, que las ondas  
 Cruzando, hasta mi patria ha de llevarme  
 Mas yo espero la hora  
 En que una brisa favorable sople,  
 Y en la playa arenosa  
 Sentado estoy, leyendo de Odyseo  
 La canción triunfadora;  
 Vieja canción, eternamente joven,  
 Y en cuyas bellas hojas  
 El perfumado aliento de los dioses,  
 El cielo de la Grecia soñadora,  
 La primavera espléndida del mundo  
 Respira mi alma ansiosa.

Mi noble corazón acompañaba  
 En sus empresas locas,

En su camino errante, al hijo triste  
 De Laertes; con honda  
 Tristeza en el espíritu, á su lado,  
 Yo me senté en las rocas,  
 Y en el hogar hospitalario en donde  
 Princesas seductoras  
 Rica púrpura hilaban; yo ayudéle  
 A urdir las engañosas  
 Tramas que del gigante le libraban  
 O de la ninfa hermosa:  
 Entre tormentas, noches y naufragios  
 Iba con él mi mente soñadora,  
 Y mi pecho entusiasta compartía  
 Del suyo las congojas.

Suspirando exclamé:—«Poséidon fiero,  
 Formidable es tu cólera,  
 Y temo yo también no ver ya nunca  
 Mi patria cariñosa.»—

Apenas estas voces se escaparon  
 De mi trémula boca,  
 Cubrióse el hondo piélago de espuma,  
 Y entre las verdes ondas,  
 La cabeza de juncos coronada  
 Del Dios potente de la mar traidora  
 Apareció, y me dijo, sonriendo  
 Con insultante mofa:

—«Nada temas, querido poetilla;  
 No desea mi cólera

Romper tu esquite ni turbar tu calma  
 Con sacudidas locas.  
 ¡Oh! no, inocente rimador; tu musa  
 Mis iras no provoca;  
 Ni tú jamás de la ciudad sagrada  
 De Píramo, una sola  
 De las torres rompiste; ni en tu rabia  
 La pestaña más corta  
 Arrancaste á los ojos de mi hijo  
 Polifemo, el gigante de las sombras;  
 Ni has jamás recibido los consejos  
 De la Atenea Diosa.»—

Poséidon habló así, y alegremente  
 Se sumergió en las ondas;  
 Y del marino Dios la grosería  
 Hizo reir con carcajadas locas  
 A Anfítrite, divina pescadera,  
 Que del mar ancho entre las linfas mora,  
 Mientras las necias hijas de Nereo  
 Aplaudían con risas bulliciosas.

## EN EL CAMAROTE

DURANTE LA NOCHE.

Tiene el mar perlas, el cielo  
 Astros de ardiente fulgor,  
 Mi corazón en su anhelo  
 Guarda, fuente de consuelo,  
 Otro tesoro: su amor.

Grande es el cielo riénte.  
 Grande el mar, pero mayor  
 Es mi pecho; y más ardiente  
 Que perlas y astro lucente,  
 En él fulgura mi amor.

Para tí tan sólo, hermosa,  
 Es mi corazón entero;  
 Cielo, amor y alma dichosa  
 En un solo amor sincero  
 Funde la vida gozosa.

Yo quisiera á la bóveda azulada  
 Donde lucen los astros,  
 Un torrente de lágrimas vertiendo,  
 En un beso de amor unir mis labios;

Que son los ojos de mi dulce amada  
 Esos astros serenos  
 Que me saludan dulces y graciosos  
 Desde la inmensa bóveda del cielo.

Hacia los ojos de mi amada hermosa,  
 Hacia el cielo tranquilo,  
 Los flacos brazos suplicante elevo,  
 Y enamorado y anhelante digo:

—«Dulces ojos, graciosos resplandores,  
 Dad calma á mi angustiado pensamiento;  
 Que muera yo, mas que posea al cabo  
 Vuestra serena luz y vuestro cielo.»—

Por las ondas inconstantes  
 Y por mis sueños mecido,  
 En el camarote angosto  
 Reposo triste y tranquilo.

Por la lucana entreabierta  
 Los astros miró en la altura;  
 ¡Dulces ojos de mi amada,  
 Hermosa como ninguna!

Aquellos ojos amantes  
 Mi loco delirio velan,  
 Y en la bóveda azulada  
 Luminosos parpádean.

Y hora tras hora dichoso  
 Miro la serena altura,  
 Hasta que los dulces ojos  
 Me roba un jirón de bruma.

En la pared donde apoyo  
 Mi cerebro fatigado,  
 Chocan las ondas furiosas,  
 En mi oído murmurando:  
 —¡Pobre loco! son muy cortos  
 Tus brazos y está muy alto  
 El cielo, donde encendidos  
 Y fuertemente clavados  
 Están con clavos de oro  
 Los resplandecientes astros;  
 Mejor harás en dormirte  
 Calma á tu ansiedad buscando;  
 ¡Que tus súplicas son vanas,  
 Y son tus deseos vanos!—

Soñé; era un prado desierto,  
 Era un prado solitario,



De blanca nieve cubierto;  
Bajo su frío sudario  
Dormía insensible y yerto.

Mas lucían en la altura  
De la bóveda azulada  
Las estrellas con luz pura.  
¡Dulces ojos de mi amada  
Miraban mi sepultura!

Y aquellos ojos amados  
Resplandecían serenos,  
Victoriosos, extasiados;  
Mas de amor eterno llenos  
Y de pasión impregnados.

LA CALMA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RUIZ"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

Tranquila está la mar; el sol refleja  
Sus rayos en las aguas,  
Y al cruzar la ondulante superficie  
El barco traza surcos de esmeralda.

Junto al timón tendido está el piloto  
Roncando levemente;  
Bajo el palo mayor, cosiendo velas,  
Se sienta el embreado grumete.

Brilla el rubor en su semblante rojo,  
Su larga boca tiembla,  
Y á todas partes la mirada límpida  
De sus hermosos ojos gira inquieta.

Que el capitán ante él se ha detenido  
Como un loco jurando,  
Le trata de ladrón y dice:—«Infame,  
Del tonel un arenque me has robado.»

Tranquila está la mar; un pececillo  
 Brilla sobre las ondas,  
 Calienta al sol su cabecita de oro,  
 Y alegre el agua agita con su cola.

Entretanto, anhelante la gaviota,  
 Rápida sobre el pez cae desde el viento,  
 Y en el pico la presa palpitante,  
 Alegre se remonta hasta los cielos.

### EN EL FONDO DEL MAR.

Apoyado sobre el borde  
 Estoy del fuerte navío,  
 Y con soñadores ojos  
 Del agua el espejo miro.

Mis miradas se sumergen  
 Más y más en el abismo,  
 Y la luz veo primero  
 De un crepúsculo indeciso.  
 Poco á poco van brillando  
 Sus colores más distintos,  
 Cúpulas y torres surgen,  
 Y al fin, del sol ante el brillo,  
 Vieja villa neerlandesa  
 Llena de vida diviso.

Ancianos altos, envueltos  
 En negras capas, altivos,  
 Cadenas de honor al cuello

Y espadas luengas al cinto,  
 Por la plaza se pasean  
 Ante el vetusto edificio  
 De la casa de la villa,  
 En cuya pared, en nichos,  
 Emperadores de piedra  
 Sencillamente esculpidos,  
 Empuñando largos cetros  
 Y espadas, se alzan tranquilos.

No lejos, ante una fila  
 De mansiones cuyos vidrios  
 Entre la penumbra lucen  
 De piramidales tilos,  
 Se pasean las doncellas,  
 Cuyos semblantes divinos  
 Cual rosas, entre sus tocas  
 Negras, aparecen dignos,  
 Y cuyos rubios cabellos,  
 Alñados con descuido,  
 Se arrollan en bucles de oro  
 En torno del rostro lindo.  
 Turba de hermosos galanes  
 A la española vestidos,  
 Miradas de amor les lanzan  
 Sonrientes y sumisos;  
 Matronas con largos velos  
 Y con briales sencillos,  
 Sujetando entre sus manos  
 Rosarios, cruces y libros,  
 Con cortos pasos al templo

Marchan, atento el oído  
 Al eco de las campanas,  
 Del órgano á los gemidos.

Con estos lejanos ecos  
 Siento henchirse de suspiros,  
 De tristezas misteriosas,  
 De deseos no sentidos  
 Mi pecho, apenas curado  
 De su dolor infinito.  
 Parece que mis heridas,  
 Presas de labios queridos,  
 Sangran de nuevo vertiendo  
 De sangre calientes hilos.  
 Rodando las tibias gotas  
 Una á una en el tranquilo  
 Y verde mar se sumergen  
 Buscando un viejo edificio  
 Que su alta fachada eleva  
 En el pueblo submarino,  
 Que solitario parece,  
 Y desierto y sin ruido,  
 Y en el cual de un balcón bajo  
 Sentada junto á los vidrios,  
 Apoya una niña hermosa  
 Su frente en su brazo nítido.  
 —«Te conozco, niña hermosa;  
 Yo te conozco, bien mío:  
 En el fondo de los mares  
 Por huir de mi cariño  
 Te escondió tu fantasía,

Ascender ya no has podido,  
 Y extranjera entre extranjeros  
 Vives hace más de un siglo,  
 Mientras que yo, traspasado  
 Por la pena, el pecho herido,  
 Anhelante por la tierra  
 Te buscaba, ¡ídolo mío!  
 A tí, ¡luz de mis amores!  
 A tí, ¡mi eterno cariño!  
 A quien por último encuentro  
 En mi desierto camino;  
 Te encuentro, y tu dulce rostro  
 Otra vez dichoso miro,  
 Y otra vez tus ojos veo  
 Luminosos y tranquilos,  
 Y en tus labios la sonrisa  
 Feliz otra vez diviso.  
 Ya jamás he de dejarte,  
 A tí me impulsa el destino,  
 Y sobre tu amante pecho  
 Gozoso me precipito.»—

Pero el capitán á tiempo  
 Me agarró por los tobillos,  
 Y en la cubierta arrojándome,  
 Con áspera voz me dijo:  
 —«Doctor, ¿estáis por ventura  
 Del demonio poseído?»—

### PURIFICACIÓN.

«Queda bajo las aguas,  
 Queda por siempre allí, sueño implacable  
 Que mi pecho otras noches  
 Con tus dichas fingidas flagelaste,  
 Y aun hoy, marino espectro,  
 Vienes en pleno día á atormentarme.  
 Queda bajo las ondas,  
 Yo te arrojo con todos mis pesares,  
 Y el gorro de Locura  
 Que bordan cascabeles resonantes  
 Que yo oí tantas veces  
 En torno de mis sienes agitarse,  
 Y el frío disimulo,  
 Esa de áspid horrible piel suave  
 Que envolvió tanto tiempo  
 Entre sus pliegues mi alma delirante,  
 Mi alma maldita, mi alma  
 Blasfema del Señor y de los ángeles.»

—«¡El viento, tended velas!»—  
 Ante su soplo ya se hinchan flotantes,  
 Sobre el traidor espejo  
 De las aguas deslízase la nave,  
 Y el alma redimida  
 En gritos de alegría se deshace.

### LA PAZ.

Cercado de nubes blancas  
 El sol en el cenit bri'la,  
 Y yo recostado en tanto  
 Contemplo la mar tranquila.  
 Cerca estoy del gobernalle;  
 Mi mente loca, delira,  
 Y entre mis sueños confusos  
 Y mis confusas yigilias,  
 De Jesucristo la imagen  
 Aparece ante mi vista.  
 De blanca y flotante tela  
 La imagen veo vestida:  
 Es grande como un gigante,  
 Y silencioso camina  
 Sobre la fecunda tierra  
 Y sobre la mar tranquila;  
 Toca su cabeza al cielo;  
 Con sus manos extendidas  
 Bendice tierras y mares,

Y cual corazón que brilla,  
 Dentro de su pecho lleva  
 El sol, que al mundo ilumina;  
 Y este corazón ardiente,  
 Hogar de amor y de vida,  
 Derrama de sus fulgores  
 La luz brillante y purísima  
 Sobre la fecunda tierra  
 Y sobre la mar tranquila.

Ecós hacia todos lados  
 De campanas que repican,  
 Atraen con su voz alegre  
 Y sonora nuestra quilla,  
 Que llega á una verde costa  
 Solitaria y escondida,  
 Donde los humanos viven  
 En una ciudad magnífica.

¡De la paz milagro! ¡Cómo  
 La ciudad duerme tranquila!  
 El rumor de los oficios,  
 La charla descomedida  
 De los negocios humanos  
 En el espacio no vibran;  
 Todo es quietud, y en las calles  
 Luminosas y sencillas,  
 Hombres vestidos de blanco  
 Llevando palmas caminan;  
 Y á tiempo que dos de ellos  
 En su marcha se divisan,

Con aire de inteligencia  
 Se contemplan y se miran,  
 Y de amor en un exceso,  
 En un trasporte de dicha  
 Se abrazan, y al claro cielo  
 Alzan la mirada límpida,  
 Hacia el corazón ardiente  
 Del Salvador, que los mira:  
 Corazón que es el sol claro,  
 Que vierte con alegría  
 La deslumbrante y preciada  
 Púrpura de su purísima  
 Reconciliadora sangre  
 Sobre la tierra dorada,  
 Y por tres veces exclaman  
 En un trasorte de dicha:  
 —«¡Bendito seas, oh Cristo,  
 Sea tu piedad bendita!»